

APENDICE DOCUMENTAL

Aunque en las páginas anteriores se han rescatado algunos de los pasajes más significativos de los textos publicados en la prensa gaditana para festejar el dos de Mayo, he creído oportuno dichos textos íntegros aquí, modernizando y actualizando la ortografía para facilitar el acceso a los mismos.

El Dos de Mayo en 1811

Semanario Patriótico nº LVI, Jueves 2 de Mayo de 1811.

POLÍTICA

Algunos hombres pusilánimes; otros egoístas y bienhallados con los desórdenes anteriores, porque a la sombra de ellos iban labrando su fortuna; se estremecen, o fingen estremecerse, cuando se trata de hacer grandes reformas en el Estado, trayéndonos a la memoria la revolución francesa y los desastres que ocasionó a aquel desventurado reino. Ved, nos dicen, el triste fruto que cogieron aquellos exaltados innovadores de su soñada libertad: persecuciones, asesinatos, discordias intestinas, y por consecuencia el sangriento despotismo de un aventurero.

¿Y qué? ¿Todas las revoluciones políticas que nos ofrece la historia han tenido un carácter tan feroz y sanguinario? ¿Todas ellas han parado en una horrorosa anarquía? ¿En todas se han disuelto los vínculos sociales, se ha pervertido la moral pública, y se ha hecho alarde de la inhumanidad? ¿Llamaremos *jacobinos* a los holandeses del siglo XVI, porque sacudieron el yugo de un tirano; a los ingleses que llamaron a Guillermo III para que los gobernase bajo tan sabia constitución; y a los animosos españoles que quisieron abrirnos el camino de la felicidad alzándose contra la tiranía de Carlos V? No hay duda, esos *comuneros* tan desacreditados en nuestras historias por haber sido infelices, meditaban una reforma general, y no la lograron porque los intereses de la nobleza estaban en contradicción con las pretensiones del pueblo.

Si queremos, pues, ser más afortunados que nuestros mayores y evitar al mismo tiempo la anarquía; si no han de ser vanos y estériles tantos

sacrificios hechos en esta época memorable, cimentemos nuestra felicidad sobre sólidas bases concurriendo al bien general del estado todas las clases de él con desprendimiento de sus particulares intereses. Si la patria exige de algunos individuos o corporaciones la cesión de sus prerrogativas y privilegios como incompatibles con el bienestar de todo el pueblo, muéstrense dóciles los privilegiados a la voz de la justicia, y no traten de envolverla en un laberinto de sofismas y leyes arbitrarias. De otro modo, todos querrán hacer valer su interés personal, y jamás habrá orden ni concierto.

Lo mismo decimos de los que aferrados tenazmente a un sistema exclusivo en materia de opiniones, procuran llevarle adelante, aunque la utilidad de la patria les aconseje lo contrario. Estos son por lo común intolerantes y perjudiciales, pues sin escuchar la razón ni darse a partido, entorpecen las deliberaciones, levantan disputas, ofuscan la verdad y fomentan las discordias.

Con la indicada contrariedad de intereses y opiniones llevada al extremo, viene la diversidad de partidos, la desunión, y tras ella el desorden general, la debilidad e incertidumbre del gobierno, por fin la anarquía y la disolución del cuerpo político. Esto sucedió a los franceses, y esto mismo nos sucederá a nosotros si no caminamos de acuerdo al fin principal si consentimos que prevalezcan los abusos; que el egoísmo o la mala fe opongan obstáculos al restablecimiento del orden y de una justa administración; si, en fin, lejos de ocuparnos en arrojar al enemigo de nuestro territorio, empleamos el tiempo en acaloradas disputas, y en zaherirnos unos a otros fomentando disensiones e inspirando la desconfianza al pueblo y a nuestros generosos aliados.

Ventídense enhorabuena las cuestiones ya políticas, ya civiles y expónganse las razones que haya en pro y en contra, pero de buena fe, con juicio y con decoro; no como algunos insensatos o preocupados que al oír una opinión juiciosa, pero no conforme con sus absurdos principios, claman furiosamente contra ella y vituperan con feos dictados al que la defiende. Estos necios, los hipócritas de que hay un gran número, algunos agentes secretos del enemigo son los que giran contra el nuevo orden de cosas comparándole con la revolución más sanguinaria y detestable que presentan los anales de todas las naciones. Estos mismos, a falta de razones, se valen de acusaciones graves e injustas para aterrar a los patriotas celosos y hacer que la muchedumbre oiga a éstos con desconfianza; mas por fortuna el pueblo no está ya tan alucinado como ellos imaginaban en fuerza de haber sufrido y palpado por largos años las perniciosas resultas de la arbitrariedad. En efecto ¿escuchará ya con supersticiosa reverencia a quien le diga que los reyes deben ser señores absolutos; después de haber experimentado que por serlo Carlos IV nos gobernó un Godoy, y fue entregada la monarquía al usurpador extranjero?

Desengañense de una vez los egoístas; el pueblo pelea con los franceses por su independencia; el pueblo detesta a los tiranos y desea ansiosamente la libertad. Entiende muy bien que entre ésta y la licencia o desenfreno hay una diferencia notable; que la verdadera libertad puede existir en una monarquía limitada con una buena constitución, y no hallarse en una república tiránica como la de Venecia, o la de Francia bajo el consulado de Bonaparte. En suma, los españoles queremos ser libres sin ser republicano; queremos reformas políticas, civiles y eclesiásticas sin trastornar los fundamentos de esta sociedad civil ni alterar la santa religión que seguimos y adoramos.

No hay pues que gritar *jacobinos* cuando pedimos una buena constitución, cuando hablamos y escribimos contra la arbitrariedad, contra el gobierno negligente, contra los ministros ineptos, contra los magistrados injustos, y contra todos los que se oponen por ignorancia o descuido a la salvación de la patria. Tampoco debe llamarse impíos a los que claman contra los abusos introducidos en la disciplina eclesiástica, a los que desean que se mantengan en la iglesia la fraternidad y mansedumbre que enseñó el salvador, no las calumnias y persecuciones.

Justo es la verdad que se castigue a todo perturbador del orden público, sea en materias religiosas, sea en las políticas o civiles; mas no hay que confundir a aquellos con el patriota y celoso desengaño que tiene ya sobrados títulos a una irracional independencia; que si huye de Napoleón, no es para obedecer a otro déspota, ni para ser sentenciado a una pena infamante sin preceder un juicio público, seguido con la debida imparcialidad y madurez por los competentes jueces, cuan corresponde a la seguridad personal de que debe gozar ampliamente cualquier ciudadano.

Suerte fatal es la nuestra, ¡oh compatriotas! Cuando nos oprima con su cetro de hierro el más inepto de los Borbones, no aun se nos permitía el escaso desahogo de lamentar nuestra servidumbre; las súplicas eran entonces tenidas por agravios; las quejas por atroces delitos. Hoy que a costa de los más amargos trabajos y sinsabores vemos destrozada la cadena ignominiosa que nos agobiaba; hoy que se nos presenta la ocasión más oportuna de establecer un buen gobierno desterrando los vicios del anterior, se alza contra las saludables reformas un enjambre de egoístas, de necios charlatanes y de solapados hipócritas, fríos espectadores de las sangrientas batallas, de la ruina y desolación de los pueblos; y como si a ellos se debiese la libertad de la patria declaman altamente; tratan de amoldar el estado a su antojo, y seguir devorando los escasos bienes que han escapado de las llamas y el pillaje. ¡Inhumanos! ¿Queréis ver todavía al labrador afanado en recoger sus mieses para que la mano fiscal se las arrebate antes de proveer el sustento de su ingente familia? ¿Queréis hacer tráfico de la justicia, poblar las cárceles de ciudadanos inocentes, y arrancarles a fuerza de duros apremios el delito que cometieron? ¿Queréis, en fin, doblar la

rodilla ante un inocente privado, cuyos caprichos son leyes, cuyo desagrado es la sentencia de muerte?

¡Desdichados españoles, si volviese una época tan desastrosa! Todo se perdería entonces: la libertad, el honor y la gloria adquirida en tres años de la más páfida contienda. Nuestra misma debilidad y abatimiento nos expondrían a ser juguete de un guerrero ambicioso: las naciones que hoy admiran nuestra constancia, nos menosprecian al ver que no habíamos sabido llevar a cabo una empresa comenzada con tanto tesón; y la recompensa de nuestras presentes fatigas, sería una afrentosa esclavitud y un vilipendio eterno.

El que se honre, pues, con el nombre de verdadero español, tenga perseverancia, firmeza y ánimo sereno para hacer frente a las calumnias y preocupaciones; el débil, el traficante del patriotismo, el que trate de perpetuar los abusos, vaya a someterse a un mariscal del imperio francés, y no viva entre hombres que han jurado ser independientes a toda costa.

El Dos de Mayo en 1812

Diario Mercantil del 2 de Mayo de 1812

Soneto

¿Qué la heroica gente al pálido tirano
 Présaga fue de su espantosa ruina
 Y cuando el orbe a yugo vil destina
 Destrozarlo intentó con fuerte mano?
 ¿A quién de su atroz hueste el inhumano
 Pendón postrado con rubor se inclina?
 ¿Contra quién las potencias amotina?
 ¿Contra quién se estrelló su orgullo insano?
 Contra ti, noble España: las naciones
 Ante el rabioso déspota abatidas
 Quieres sacar de su letal desmayo;
 Y a triunfar del tirano y sus legiones
 Con tu glorioso ejemplo las convidas;
 ¿Quién es cobarde oyendo *el dos de mayo*?

A las víctimas del dos de mayo

Del sepulcro, que os tiene en asechanza
 de esos tigres de sangre amancillados,
 nos gritan vuestros manes irritados
 con dolorosa, y fuerte voz ¡Venganza!
 ¡Mártires del honor! ¡esa esperanza
 por siempre conservad!... seréis vengados;
 y nunca nuestros cuellos subyugados;
 del tirano a la bárbara pujanza.
 No... contra el monstruo y su brutal intento
 el odio avivará en nuestros pechos
 la fiel memoria de tan triste día.
 ¿Cómo podrá caber el desaliento
 en ánimo español, si vuestros hechos
 recuerda y del francés la alevosía?

L.

Conciso del 2 de Mayo de 1812.

De los mártires fuertes de Mayo
El valor inmortal recordemos,
Y, su ejemplo imitando logremos
Nuestra augusta y feliz libertad.
 Si en paciente constancia esperamos
 La injusticia sufrir de la suerte,
 Las fatigas, el hambre, la muerte,
 Con que el Cielo nos quiera probar,
De los mártires fuertes de Mayo
El valor inmortal recordemos,
Y, su ejemplo imitando logremos
Nuestra augusta y feliz libertad.
 Cuando paz el francés nos ofrezca,
 Cuando astuto caricias y halagos,
 Cuando fiero sangrientos estragos,
 Y a su yugo nos quiera amarrar,
De los mártires fuertes de Mayo
El valor inmortal recordemos,
Y, su ejemplo imitando logremos
Nuestra augusta y feliz libertad.
 Si la patria indigente reclama
 De la grata opulencia al servicio,
 Para hacer en su altar sacrificio
 Con franqueza y ardor liberal,
De los mártires fuertes de Mayo
El valor inmortal recordemos,
Y, su ejemplo imitando logremos
Nuestra augusta y feliz libertad.
 Si en el campo la hueste asesina
 Ante el brío español se presenta
 De pillaje y sangre sedienta,
 Y queremos su orgullo aterrar,
De los mártires fuertes de Mayo
El valor inmortal recordemos,
Y, su ejemplo imitando logremos
Nuestra augusta y feliz libertad.
 Si al rugiente León indomable
 Ver los vándalos fieros postrados
 Y, en su inútil afán despechados
 Desistir de su empresa infernal,

De los mártires fuertes de Mayo
El valor inmortal recordemos,
Y, su ejemplo imitando logremos
Nuestra augusta y feliz libertad.
 Si en honor el oprobio y la afrenta,
 En laureles las viles cadenas,
 En placer los lamentos y penas,
 Con ardor anhelamos trocar;
De los mártires fuertes de Mayo
El valor inmortal recordemos,
Y, su ejemplo imitando logremos
Nuestra augusta y feliz libertad.
 L.

Redactor General nº 323, 2 de Mayo de 1812.

EL DOS DE MAYO

Cuatro años son cumplidos desde que la ferocidad francesa, cansada ya de la pérfida hipocresía con que se introdujo en nuestro desdichado suelo, se quitó impudemente la máscara, y dio al mundo la escena más horrorosa y cruel.

El heroico pueblo de Madrid, pendiente de la suerte de su engañado monarca, estaba atento a las operaciones del insolente Murat, desde que la conducta equívoca y maliciosa del tirano de Europa le había puesto en agitación y desconfianza.

Preparábase sordamente la capital de España por los satélites de aquel monstruo un día de sangre y devastación, mientras en Bayona se fraguaban las cadenas con que intentaba oprimirnos. Aquí se fingían proyectos de felicidad para alucinar a los que a la fuerza debían suscribirlos, y allá se confiaba al terror, a la violencia y a la muerte de la ciega docilidad con que convenía a su malvado forjador que fuesen recibidos.

Las torpes maquinaciones de Bonaparte fueron al fin conocidas, y el orgullo del jefe destinado a domeñar la noble altivez de los madrileños apresuró el fatal golpe proyectado. Los llamados aliados aparecieron como eran; su barbarie empezó a estrellarse con la inocencia, que, prevenida contra la perfidia de sus ominosos huéspedes, acudió a las armas para vengar los ultrajes y desafueros con que premiaban estos caribes insensibles la franca hospitalidad que les habían dispensado.

Difícil sería trazar el espantoso cuadro que presentó Madrid el día 2 de mayo de 1808: por las calles y por las plazas se veía volar la muerte sin intermisión; acá y allá se notaban con horror cuerpos moribundos de los enemigos, sacrificados a la justa venganza de un pueblo atrozmente

engañado; las máquinas de guerra lanzaban de continuo sus tiros matadores, y hasta los tiernos niños recorrían las calles en busca de franceses para lavar en su sangre el agravio hecho a la patria... Día de luto y lágrimas ¡qué recuerdos tan tristes excitas en los corazones sensibles; pero al mismo tiempo cuántos ejemplos de heroísmo presentas a la posteridad!

La plebe, la desprevenida plebe de Madrid se arroja a los tiranos, y es la primera que proclama la *libertad*. Entre tanto las autoridades, o amedrantadas o conformes con los proyectos del usurpador, rehusaban aparecer en el campo de gloria preparado para los más humildes ciudadanos... No así vosotros, inmortales VELARDE y DAOIZ, que guiados por la nobleza de vuestros sentimientos, corristeis a la lid, y percesteis ornados con el laurel de honor y gloria, que sólo es concedido a las almas fuertes, cuyos hechos quedan consignados en la historia para la administración y envidia de las más lejanas generaciones. No se oía por todo el ámbito de Madrid sino el grito de guerra; y cuando ya casi todo el pueblo había tomado parte en esta lucha cruenta, se presentan las autoridades nacionales, mezcladas con las legiones enemigas, ofreciendo paz y excitando a la pública quietud. Tan dóciles los madrileños a la voz de sus jefes, como esforzados en la pelea, sueltan las armas, se retiran a sus casas, y sucede a la agitación y el bullicio que había precedido, un melancólico silencio interrumpido sólo con los ayes de los heridos, o los últimos suspiros de los moribundos.

¡Ahí! Entonces la más bárbara traición levanta la cuchilla destructora. Los franceses, que habían temido a los armados, se lanzan como fieras sobre los indefensos... todo es delito para estos cobardes facinerosos... ellos amarran al hijo, al esposo, al padre de familia, al respetable sacerdote, y a bayonetazos los conducen al lugar del suplicio. Allí ¡qué horror!... favorecidos de la oscuridad de la noche se ceban en la sangre de estas víctimas inocentes... gran número de ellas fueron inmoladas, mezclando al dolor de su desamparo el amargo recuerdo de sus tiernos hijos, de sus esposas y padres entregados a merced de sus sangrientos verdugos.

¡Gran Dios! ¿Quién no se horroriza al recordar estas escenas de sangre y desolación? ¿y quién es tan vil, que se avenga a vivir con los tigres que las provocaron? ¡Oh mártires de la patria! ¡víctimas sacrificadas por la perfidia francesa! Vosotros desde el lugar de reposo en que habitáis no cesáis de clamar por la venganza de tantos ultrajes; vosotros nos recordáis nuestras obligaciones con el heroico ejemplo que muriendo disteis a todos los españoles; y vosotros, en fin, con voz terrible nos decís: «El amor a nuestra patria, el respeto a nuestras instituciones, el odio a la tiranía nos hizo preferir la muerte a una vida degradada y afrentosa; nosotros hemos sido los primeros en sacrificarlo todo por sostener el honor patrio, y dejar a nuestros hijos la independencia que nos ganaron nuestros padres. De

nuestra sangre brotará el fecundo árbol de la *libertad*, a cuya benéfica sombra no viven los esclavos, los cobardes y los malvados que posponen su bien al bien de la amada patria; no el temor ni la desconfianza os hagan desmayar en el camino de gloria que habéis emprendido; pelead... y mientras la victoria os corona, prevenid los desafueros del despotismo, limitando con prudencia y circunspección las facultades de los que os manden; no sea que degenerando la autoridad, que sólo puede darles la ley, en una dominación injusta y arbitraria os preparen otra vez los grillos que procuramos romper... La senda del honor y la prosperidad se os ha preparado por nosotros; no malogréis el don con que os brinda la Providencia; arrostrad con serenidad el embate de las desgracias; y levantad sobre vuestro valor y merecimientos el edificio augusto de la independencia y libertad española; acordaos que los pueblos que no aprovechan la ocasión de ser libres, son dignos del oprobio de la esclavitud».

El Dos de Mayo en 1813

Diario Mercantil del 2 de Mayo de 1813

Salve ¡oh héroes! que la noble senda
 marcasteis del valor y de la gloria,
 vuestros augustos nombres la victoria
 do quier guiaron la lid horrenda.
 Gratáis venganza, y a la voz tremenda
 se alzó el valiente, y la cruel memoria
 de Velarde y Daoiz en la historia
 graba con sangre porque el bravo aprenda.
 De entonces no es tan grato el vencimiento
 cual perecer con honra; y el soldado
 cuando os recuerda en tigre se convierte.
 O *muerte o libertad* fue el juramento:
 Mayo le vio cumplir; y del helado
 Sepulcro suena: o *libertad o muerte*

El Conciso, 3 de mayo de 1813.

Cádiz DOS DE MAYO. DAOIZ Y VELARDE

He aquí ya el SEXTO *Dos de Mayo*, memorable día, origen de la venganza nacional de los españoles contra el monstruo de la Francia. La sangre española derramada bárbara e inhumanamente en la capital provocó la venganza en todas las provincias de un modo tan simultáneo y extraordinario que asombró a la Europa entera, y puso las bases de la felicidad de la Península. No fueron planes de gabinete, proyectos de corporaciones, órdenes de magistrados, disposiciones concertadas de generales, las que dieron este milagroso impulso a la Nación, ni las que en obsequio de las primeras víctimas de la independencia española suscitaron en el corazón de todo español el odio y la venganza contra el tirano... fue sólo el patriotismo, el honor, la honradez y el valor.

A estas virtudes debemos hallarnos en el *sexto año* de lucha contra el tirano más poderoso que ha conocido el mundo; contra el tirano más astuto y perspicaz; para hallarnos en el *sexto año* con la mayor parte de la Península

libre de los verdugos del *dos de mayo*, con una sabia Constitución bien recibida de todos los pueblos con un gobierno justo y generalmente querido, con tratados de alianza entre España y las más poderosas naciones de Europa; y lo que es más (*aprended miserables políticos en gran número de la historia de esta época*) para ver en el *sexto año* desmoronarse el colosal edificio del tirano de la Europa. ¡Qué perspectiva tan lisonjera no nos presenta la situación de la Península y de la Europa toda! Esa insurrección general del Norte, esa guerra continental contra el mayor de los monstruos... es hija del DOS DE MAYO, hija de la noble resolución de los peninsulares. ¡Al DOS DE MAYO, a la constancia peninsular, deberán sí todas las naciones el origen de su independencia, su felicidad! ¡Los rusos, los suecos, los polacos, los prusianos, todos los alemanes y los demás pueblos (cuando estén bien instruidos de nuestros acontecimientos), compadeciéndose de las víctimas de Madrid, y admirando a los españoles, pronunciarán con respeto y asombro el memorable *DÍA DOS DE MAYO!* Éste tan memorable día que a un mismo tiempo despierta en nuestra memoria, unas tras otras, las ideas de tristeza, de compasión, de horror, de asombro, de odio, de indignación, de gozo, de noble orgullo y de admiración, ha sido celebrado en Cádiz con toda la posible solemnidad de función de iglesia (con asistencia de los tres regentes del reino), formación de la tropa, salva de fusilería y artillería, varias diversiones públicas, &c.

Redactor General nº 687, Domingo 2 de mayo de 1813

EL DOS DE MAYO

Vive y vivirá siempre en los corazones de los españoles la memoria de aquel día cruento en que alzó la voz el patriotismo, y se quitó la máscara la cruel alevosía de un falso amigo, sacrificando a su ambición víctimas sin cuento, cuyos ecos doloridos calman venganza desde los sepulcros donde reposan sus cenizas.

Los mártires del DOS DE MAYO nos trazaron el camino de gloria que queda a las almas grandes cuando la humillación y la servidumbre las amenazan. A ellos se debieron los primeros laureles que ornaron las sienas majestuosas de la patria, cuyos hijos, ansiosos de vengar los ultrajes hechos a sus hermanos, corrieron a los campos de batalla para vencer o morir como los héroes.

A los mártires del DOS DE MAYO se debe ese encadenamiento prodigioso de sucesos que forman el interesante cuadro del patriotismo luchando con la tiranía. ¿Qué móvil poderoso nos sacó de aquel profundo letargo en que logró mantenernos por tantos años la mano opresora de un Gobierno

desmoralizado? ¿Quién nos restituyó nuestro antiguo brío y pundonor, y nos hizo enemigos de los tiranos, cuya mano sangrienta habíamos besado por tanto tiempo? ¡Quién!... Los que supieron morir antes de someterse al yugo de un advenedizo, que abusó cruelmente de la franca hospitalidad con que recibimos sus feroces legiones.

A odiar a los tiranos y a la tiranía nos enseñaron los primeros campeones que murieron por la patria; su ejemplo debe animarnos en la difícil aunque grandiosa carrera que seguimos; nuestra independencia y libertad están consignadas a imitar sus virtudes.

¡Representantes de la nación española! que no se malogre la sangre de los mártires del DOS DE MAYO; de ella brotó el fuego divino del entusiasmo que inflamó los corazones de todos los buenos para correr a los combates; y sobre ella debe cimentarse el monumento de los derechos que nos había usurpado el atrevido despotismo. Sostenedlos vosotros con mano fuerte y aprovechad el conflicto a que han reducido al tirano su desmedida ambición, el valor de los aliados y la constancia del pueblo español, para derrocar de una vez el monstruo informe de los errores y abusos que nos han perdido, y allanarnos el camino de la gloria y la prosperidad nacional, que deben derivarse de la puntual observancia del sagrado código que con tanto júbilo han jurado los pueblos.

Abeja Española nº 233. Domingo 2 de mayo de 1813

EL DOS DE MAYO

La época grandiosa de la libertad del pueblo español debe contarse desde aquel día sangriento en que la alevosía osó atropellar los derechos más sagrados, y exasperó el noble orgullo de los que, fieles a su patria y a su rey, desafiaron con inaudito denuedo el enorme poderío de Bonaparte.

¡Qué ejemplo tan magnífico presentó Madrid el Dos de Mayo! ¡qué lección tan terrible para los usurpadores! Viose correr la sangre de muchos valientes, que mal avenidos con la servidumbre, se prometían felicidades de un monarca joven, pero aleccionado en la escuela del infortunio, y de unos aliados a quien la turba de los magnates y palaciegos admiraba como invencibles, y distínganse como a los más tiernos amigos de la Nación Española.

¡Vaya esperanzas! el Monarca, mal aconsejado, dejó el suelo en que descansaba su trono; los llamados aliados se convirtieron en opresores; y los próceres de la corte de Carlos temblaron y enmudecieron. Entonces quedó entregada a su suerte la Nación más heroica de la tierra, y poco después empezaron los grandes acontecimientos que forman el cuadro portentoso de la libertad, luchando con la tiranía.

Si fuera dado a la débil pluma de un hombre describir circunstanciadamente la rapidez con que se sucedieron los triunfos de las armas patrióticas, y el abatimiento a que se vieron reducidas do quiera que peleaban las águilas francesas, no podría menos de sentirse el grande influjo del amor a la patria; él, y no la ambición ni las mezquinas pasiones que llevan a la muerte a los esclavos, produjo aquel movimiento simultáneo, pero terrible, que hizo salir del profundo letargo en que yacían los desventurados españoles; él proclamó por primera vez la olvidada voz de la libertad, a cuyos ecos recobramos ya la perdida energía, y volamos contentos a sacrificarnos en defensa de nuestros violados derechos; él finalmente nos señaló la senda que debíamos seguir para llegar al término de nuestra independencia, y asegurar para siempre nuestra libertad.

Clamaban venganza las víctimas del Dos de Mayo desde el silencio de los sepulcros; y sus hijos, sus amigos y sus padres vengaban en los campos de batalla las atrocidades cometidas con la inocencia. Claman aún, españoles, y este odio inextinguible que vive en nuestros corazones, ese deseo de sangre enemiga que nos devora, efectos son de los recuerdos de aquel trágico día, en que la barbarie francesa pensó consumir su perfidia con la muerte de los valientes que osaron desafiar a pecho descubierto las temidas legiones del usurpador.

Hemos peleado y hemos vencido, si la fortuna no ha protegido siempre nuestros esfuerzos, la Providencia con mano compasiva nos sostiene aún para darnos algún día el premio debido a nuestra constancia. Aquel día será el de la libertad de la patria, y desde él comenzará su prosperidad y gloria. Nuestros sacrificios, la desolación de los pueblos, las lágrimas de tantos infelices a quienes ha alcanzado la espada de esta sangrienta guerra, se tornarán en júbilo al considerar que a ellos debimos un desengaño necesario, una justa venganza, y una feliz ocasión para echar por tierra los monumentos de execración y oprobio, que fomentaban la ignorancia, la cobardía, las preocupaciones y la barbarie, que hacen desdichados los imperios.

Si nosotros no alcanzamos estos días risueños, nuestros hijos se gozarán en ellos, y en el fondo de su alma quedarán grabados los motivos que deben excitar su agradecimiento y ternura. «La sangre inocente, dirán, vertida el Dos de Mayo por la ferocidad francesa, alentó el ánimo de nuestros padres para rechazar la ajena y doméstica tiranía; de ella brotó aquel entusiasmo generoso que dio triunfos sin intermisión a los patriotas; a ella se debió la independencia de la patria, y el establecimiento de estas leyes santas, de esta Constitución benéfica, bajo cuyos auspicios somos libres, virtuosos, valientes y felices».

El Dos de Mayo en 1814

Redactor General nº 123, Lunes 2 de mayo de 1814

DOS DE MAYO

Las víctimas sacrificadas en Madrid por la perfidia francesa están clamando desde los sepulcros donde descansan: «POR LOS DESAFUEROS DEL DESPOTISMO PELEANDO CONTRA LA TIRANÍA; QUIEN NO TENGA VALOR PARA DEFENDER LA JUSTA LIBERTAD DE LA PATRIA ES INDIGNO DEL HONROSO NOMBRE DE ESPAÑOL, QUE SUPIMOS DISTINGUIR CON DIGNIDAD HASTA LA MUERTE».

A los hombres amantes de la Constitución y el Rey:

...no se reconocerá por libre al rey, y por lo tanto se le prestará obediencia, hasta que en el seno del Congreso nacional preste juramento al prescrito artículo 173 de la Constitución —[Decreto de las Cortes del 2 de febrero de 1814]

Los hombres cobardes y corrompidos que llevaron a Fernando VII a las garras del ya destronado tirano; los que se sometieron después al gobierno del infame José, arengándole bajamente, recibiendo empleos, y honrándose con distinciones de la usurpación; los que cuando iban decayendo las armas del tirano se acogieron a la madre patria para asegurar sus empleos o fortunas... esos mismos hombres, *siervos viles* del despotismo, amantes por interés de la opresión, después de haber estado luchando contra la voluntad de la nación, resistiendo sus decretos, y sembrando mañosamente la desunión, la desconfianza y el disgusto, con el fin de proporcionar al monstruo de la Francia la conquista de la desgraciada España, o de entronizar de nuevo aquel espantoso desorden, aquel orden bárbaro de cosas que formaban la base de nuestro antiguo gobierno, y que por una consecuencia necesaria nos precipitó en el abismo de males de que apenas acabamos de salir; esos hombres crueles, repetimos, quisieran ahora que Fernando VII no jurase la Constitución política de la monarquía; ese código formado por el patriotismo, la constancia y por las virtudes de los españoles leales, que cuando todo parecía perdido, alzaron su frente contra los tiranos, y sin desmayar un momento, a pesar de los continuos riesgos y zozobras que por do quiera les rodeaban promulgaron unas leyes en que están cifrados los derechos del pueblo y el decoro y dignidad del trono.

Los perversos que abrigan estos sentimientos no consideran que con ello hacen el mayor agravio a un monarca de quien la nación toda tiene el mejor concepto. ¿No ven estos pérfidos intrigantes que decir que Fernando no

jurará la Constitución es lo mismo que asegurar que desea que su gobierno sea *absoluto* como el de sus antecesores, y por consecuencia sujeto a todas las maldades, depredaciones; arbitrariedades y violencias que tanto exasperaron los ánimos que tantos desastres trajeron a la nación, y que al fin causaron las desgracias que son públicas a los reyes Carlos y María Luisa? ¿No consideran los que así injurian a un monarca de quien esperamos los mayores bienes, que si se realizasen sus deseos se dividiría la nación, se derramaría la sangre de sus mejores hijos, y nos devoraría una horrorosa guerra civil, de cuyas espantosas resultas serían responsables a Dios, a la España y a la Europa toda los traidores que aconsejasen al Rey una determinación anti-patriótica, tan ingrata y tan cruel, contra una nación que a costa de los mayores padecimientos le preparaba un trono digno de un Rey justo, destinado para gobernar bajo la sagrada égida de la Constitución escrita con la preciosa sangre de los españoles, y en la cual están conciliados los santos derechos del ciudadano con las prerrogativas del monarca?...

Por otra parte, los pueblos todos han jurado solemnemente la Constitución; la han jurado los generales, los ejércitos; y aun los mismos traidores que quisieran que el Rey tomase una resolución tan injusta han jurado esta Constitución, tan idolatrada de los buenos como odiada de los malvados; y los pueblos, los generales, los ejércitos, y todos los españoles seríamos unos *perjuros*, si consintiésemos que fuese hollada y la hiciesen pedazos aquellos mismos que vendieron al Rey; que ahora lo adularán vilmente; que llevaron a los patíbulos a los más ilustres patriotas, y que tuvieron la impudencia de llamar *insurgentes* y *revoltosos* a los que pelearon por su patria, por su libertad y por su Rey.

Cuando casi todas las naciones son gobernadas bajo constituciones arregladas a sus costumbres; cuando la misma Francia libre acaba de darse una constitución garantizada por el grande emperador de Rusia; cuando acaba de ser hundido el tirano en el cieno de sus crímenes; cuando todo ofrece una perspectiva lisonjera, ¿querría el bueno e idolatrado Fernando, arrastrado por los inicuos consejos de los que no han hecho más que bajezas, y acaso traiciones; había de querer, decimos, resistirse a jurar una Constitución sabia, moderada y justa, sin cuyo juramento no es Rey, conforme al tenor del decreto que hemos citado? ¿Querría que nos degollásemos unos a otros los españoles, que se acabase de destrozar la nación, que las Américas se separasen de una vez de la madre patria, pretextando no obedecer al que no reconoce unas leyes en virtud de las cuales es Rey? ¿Querría que lloviesen las desgracias sobre un pueblo que le ha sido tan fiel, que tanto ha tenido que sufrir por los franceses y por sus pérfidos satélites?... ¿Valdría más para Fernando el voto de unos cuantos hombres perversos, débiles, y enemigos del bien de su patria, que los deseos de toda la nación, que quiere prevenir por medio del código que he

jurado los desafueros del despotismo y del poder absoluto? ¡Ah! No es posible: Fernando es justo, y no puede querer sino el bien de los pueblos a quienes debe el ser Rey. ¡Viles cortesanos! Bonaparte destronado... el pueblo francés privado del trono con el aplauso de toda la Europa a un monarca que violó la constitución... es un grandioso monumento de la debilidad de los déspotas; de la soberanía y de los derechos imprescindibles de los pueblos, que en vano intentarían hollar sus príncipes y cuya confesión les arranca la justicia y su propia conservación, a pesar de vuestras seducciones insensata.

Duende de los cafés nº 275 del 2 de Mayo de 1814

Seis años hace hoy que la ilustre villa de Madrid capital de la heroica nación española tuvo la incomparable satisfacción de tremolar, primero que ningún otro pueblo, el estandarte de la libertad en medio de los numerosos ejércitos del tirano Bonaparte; seis años hace también que las sagradas víctimas sacrificadas en aquel delicioso Prado por la ferocidad y petulancia de nuestros enemigos, decretaron expresiva y terminantemente lanzado el último aliento de sus preciosas vidas la total ruina de aquel monstruo, la muerte del negro despotismo y cruel tiranía, y la gloria de la patria para toda una eternidad. Dichosos seréis en ella disfrutando los celestiales placeres de que el Todopoderoso os colmará tan a manos llenas como vosotros derramasteis vuestra inocente sangre. Y ¡cuán felices serenos también nosotros si nos aprovechamos de vuestro heroico ejemplo! Mi alma sensible y bien preparada con vuestras respetables imágenes, no puede resistir al justo dolor que la atormenta considerando lo mal que sabemos imitaros, y lo peor que pagamos la dulce libertad que a tanta costa nos habéis facilitado. Pero... ¡Oh *Daoiz y Velarde!* ¡Oh mártires de la patria que en el día grande de la nación española tuvisteis sobrado valor para arrostrar la misma muerte en defensa de los derechos y la gloria de este gran pueblo! Descansad en la firme esencia de que aun viven españoles que, cual vosotros, se arrojarán impávidos a los mayores peligros a fin de que no se malogre el fruto de vuestra preciosa sangre. No importa que vivan aún los magnates que causaron vuestras desgracias, que depositaron a Fernando y a la patria misma en los brazos del pérfido y cruel enemigo de la Europa; nada importa que estos mismos verdugos y traidores pretendan ahora rodear la real persona de nuestro amado Monarca con el depravado fin de engañarle y seducirle para colocarle en la cumbre del absoluto y gótico trono de donde se despeñaron sus padres, e inutilizar de este modo vuestros heroicos sacrificios; nosotros, nosotros os vengaremos y honraremos dignamente vuestras respetables cenizas. Reposad tranquilos

en vuestros silenciosos sepulcros mientras nos preparamos para afianzar en todo trance los preciosos dones que nos dejasteis el tiempo de exhalar el postrer suspiro. Así os lo juro por mi parte poniendo por testigos de este mi solemne voto a todos mis conciudadanos que hasta ahora han dado pruebas de su amor a la revolución política que vosotros tuvisteis el dulce placer de dictarnos regando además con toda nuestra noble sangre el precioso árbol de la libertad e independencia que ya estaba caído sobre la tierra, cuyas dilatadas ramas en el día son cultivadas con el mayor entusiasmo por los españoles constitucionales*¹. Compatriotas, cultivad también con mano franca el delicioso y ameno campo por cuyas entrañas se extienden las raíces de aquel árbol fructífero que nos hace olvidar todas las fatigas y trabajos que estamos padeciendo. Venid, venid a consultar vuestros intereses con los fríos esqueletos de las víctimas sacrificadas en el Prado de Madrid el día dos de mayo, y hallaréis que no existen ya los temores que los cubrían, pues saliendo los cadáveres del seno de la tierra, nos recuerdan mudamente nuestras sagradas obligaciones, las que tiene el honor de repetiros este día == *El Español Campanero*.

OTRO

Españoles: la patria reclama los derechos de una madre angustiada; ¿habrá ciudadano que no tome el puñal o la espada en su defensa? La religión santa que profesamos nos manda que todos nos sacrifiquemos por ella... ¿Puede haber Rey si no hay patria? Ésta es preferible al Rey... Conciudadanos: los enemigos domésticos conspiran contra nuestra libertad e independencia; confúndanse los inicuos; atérrense los cobardes. Con sangre, vidas y haciendas hemos logrado romper la horrorosa cadena de la esclavitud... ¡Otra vez nos quieren amarrar a ella! ¿Pero quién es el déspota atrevido que pretende sumergir al pueblo invencible en el espantoso caos de una guerra civil? ¿Podrá el inocente y deseado Fernando desentenderse de los tristes recuerdos del desgraciado fin de Luis XVI? Ya el monstruo de la Europa se ha convertido en un reptil inmundo y despreciable; la mano fuerte que sostiene los firmamentos lo ha confundido... ¡Ejemplo y admiración, espanto y asombro para los que intenten tiranizar a un pueblo religioso, magnánimo y libre!... Españoles: seamos fieles a la Constitución que hemos jurado y el Rey que tan tiernamente amamos; pero jamás permitamos, que se mancille aquel

¹ [Nota presente en el original]. Los españoles no deben llamarse liberales ni serviles, sino españoles constitucionales los primeros; y si los segundos no se hallan conformes en observar y respetan debidamente las leyes fundamentales que constituyen el Estado a que pertenecen, que lo digan y se marchen a do quieran. Pues de no hacerlo así continuando en sus torpes manejos, intrigas y vilezas, se exponen a ser arrojados por la fuerza incontrastable de un pueblo heroico que en todos tiempos ha sido el terror de los malvados.

sagrado código que nos ha redimido del cautiverio de los pérfidos que han tiranizado cruelmente a la madre patria... Perezamos si no hay otro recurso, pues la muerte es un momento lisonjero para los buenos ciudadanos...; el temor y el susto provienen de inmortales remordimientos. Los malos tiemblan, se anonadan, y cobardemente se humillan cuando sus crímenes y desaciertos se descubren antes de poderlos realizar.

¡Memorable dos de mayo! víctimas inmoladas en el retiro de Madrid, atended; oíd, mirad con reflexión los atroces proyectos de los hijos sacrílegos de la patria; intrigas, maquinaciones, asechanzas, muertes, incendios, saqueos, desolación y espanto, son sus miras, máximas y sistema... ¡Inicuos, recordad al inocente y cándido Fernando, que los mismos que le entregaron en las garras de Napoleón, ajenos de todo honor, carácter, valor y dignidad, son los que tratan de sumir al sufrido y religioso pueblo, en una sangrienta guerra civil: quieren restablecer el horrible tribunal de la Inquisición antemural fuerte del despotismo y de la arbitrariedad: quieren que los grandes del reino sigan tratando como antes lo hacían de esclavos a sus honrados conciudadanos; quieren que la religión santa de Jesucristo que profesamos sea capa de sus vicios y maldades... ¡Profanos! tened entendido que es indigno del nombre español el que ataca directa o indirectamente la libertad e independencia de la patria; queremos leyes, queremos religión, queremos Rey...: pero que éste lo sea con arreglo a la sagrada constitución que voluntaria y unánimemente hemos jurado y proclamado en medio de la plaza de San Antonio (hoy de la Constitución), de esta invicta ciudad donde se salvó la nación y la corona del esclavizado Fernando, único punto que se hallaba libre de las balas de los enemigos en toda la península.

Éstos son señor editor, los sentimientos puros del que siempre se firmará *El enemigo de los tiranos*.

Diario Patriótico n° 178 del Lunes 2 de Mayo de 1814.

DÍA DOS DE MAYO

Hoy es día de grandiosos recuerdos, porque en él se descubrió todo el carácter del enemigo que aspiraba a dominarnos. Hoy los esforzados españoles, dignos de eterna memoria dieron el ejemplo heroico, que desde Madrid ha enseñado hasta Moców (sic) a no sufrir la infamia de sujetarse a la ajena y extraña voluntad. Hoy se dedica eclesiástica y civilmente a la conmemoración de los que murieron por defender sus derechos sin espantarse de la superioridad del Tirano usurpador, y sabiendo positivamente que iban a morir en la contienda. Morir o vencer, se dijo con

la irresistible voz del ejemplo más heroico; y morir o vencer fue la lección que tomaron todos los heroicos españoles.

Pero ¿es posible, que un hecho que tanto se repite, que de tantas maneras se celebra, y que por tantos títulos merece ser tenido por la señal de guerra contra el tirano invasor, de quien al fin al fin hemos triunfado, no haya de producir entre nosotros más que el recuerdo estéril, vano y pasajero?... Españoles, que tan simultáneamente y con tanta semejanza supisteis determinaros también a morir o vencer como los del dos de Mayo en Madrid, con vosotros hablo y vosotros seréis siempre los que en todos los acontecimientos seréis considerados y consultados, si se quiere oír el voto de la Patria, y la verdadera expresión de la voluntad general y común de todos los españoles, es decir, de su heroica totalidad.

Con los vivos hablo; y por los muertos ruego a Dios con vosotros, y ofrezco el sacrificio de expiación de sus almas, sin ofender al Ser Supremo con invocarlos a lo gentil, ni llamar a unos sepulcros, en que nadie hay que me pueda responder. Este honor que a ellos y sus existentes espíritus es tributado por una pura creencia nos es común a nosotros, y nos será mantenido por la posteridad sabia, que despreciará siempre las frases, que nada significan, ni por sí mismas, ni en la inteligencia de los que las profieren sean incrédulos sean creyentes. Bien pudieran haberse desterrado ya unos modos de hablar, que nos confunden con los que no son cristianos; pero, dejando esto para otra ocasión, y pidiendo a Dios, que las almas de nuestros muertos compatriotas descansen en paz ¿qué me decís vosotros los vivos, y fieles seguidores e imitadores de aquellos? ¿no extrañáis alguna alteración en los más comunes sentimientos o en los principales puntos de nuestra gloriosa empresa? Porque es evidente, que los que en el día dos de Mayo del año 1808 sacrificaron su vida, por mantener sus propios derechos y lo más delicado de ellos hicieron este sacrificio.

Todo lo sufrían y callaban; pero al arrancarles los restos de la familia Real, convencidos de la perfidia del Tirano, y de que ya no pensaba en dejar volver al Rey, recién exaltado, que era la más cara prenda de nuestra unión patriótica, y de nuestro amor y de nuestras esperanzas, todo el sufrimiento se acabó, y sus mismas vidas, no vilmente vendidas, testificaron, que nada podría doblegar nuestra voluntad decidida a que fuese nuestro Monarca el que la Providencia nos concedió y nos entrega en premio de nuestra constancia en los mismos días del año de 1814.

¿Quién se hubiera atrevido entonces a imaginar siquiera, que al ver volver libre a nuestros brazos el amado Fernando había de oírse una sola voz en toda España, que no le aclamase con más entusiasmo que cuando fue proclamado en Aranjuez y en Madrid?, ¿o quién creerá que cuando tanto hablamos del Dos de Mayo nos desentenderemos enteramente del ejemplo de aquellos heroicos mártires de la Patria, que no quisieron permitir se nos quitara la esperanza de la vuelta del Monarca, que parecía garantizada con

la existencia y perseverancia de su real familia en la corte y centro de España? Nadie lo hubiera creído en efecto, si le hubieran asegurado, que había de haber día, en que algunos españoles, por ironía, habían de volver a Fernando a sentarse en su solio y trono con indiferencia. ¡Qué se dirá de los que miran su libertad con sentimiento! Los hay, y el hipócrita que no tenga franqueza para confesarlo, no quiere sanar la grave enfermedad, que causó el último desmayo mortal del reinado de Carlos IV. El que no tenga alma noble y generosa, no se crea con derecho de poder contarse entre los dignísimos españoles que conservan toda nobleza y generosidad, que hace su carácter y forma o constituye el de la Nación.

La sabiduría sola da virtud y fortaleza para las acciones heroicas, y la sabiduría sola dictó el ejemplo del Dos de Mayo, y tuvieron por ella poder lo héroes de aquel memorable día para resistirse a los terminantes testimonios de la más descarada usurpación.

Sí, pues, nuestros modelos del Dos de Mayo nos declararon, que quitarnos las esperanzas de gozar del reinado de Fernando VII era arrancárnoslas de ser felices ¿cómo hay español, que quiera dudar de que lo seremos en su reinado? ¿cómo quien siembre la desconfianza? ¿cómo quien se atreva a presumir, que sus vanas apariencias podrán hacer mudar de propósito a la Nación entera? ¡Ah! todo esto nos sucede a los verdaderos españoles por haber sido indulgentes, y por no haber apartado de entre nosotros para siempre todos los apartados con el traidor Godoy, cuando reasumimos todos nuestros derechos en la violencia detención y cautiverio de Fernando. Pero Fernando está libre, y el tirano que nos lo arrebató borrado de la lista de los príncipes legítimos ¿seremos ya cuerdos? ¿bastará la decidida voluntad del Rey de hacer nuestra gloria, nuestra prosperidad y nuestro bien, y por este camino proporcionarnos esa patria y esa felicidad que ansiamos?... No, españoles, no basta cosa alguna; y aun quedarían sin efecto las maravillas, que Dios ha obrado sobre Fernando y los Fernandinos españoles, si aquella mala raza de los verdaderos y originarios traidores no se extingue civilmente, y quedarán los pérfidos a la Patria manteniendo la desconfianza que han procurado sembrar contra el Rey, si queda alguno de ellos con algún cargo o representación pública en el nuevo régimen.

Observad cada cual detenidamente a los favorecidos de aquel ambicioso, que poseyendo todo el poder de España envidiaba sólo el amor que teníamos a Fernando, y por destruirlo diera todo lo que poseía, y los veréis claramente trabajando en minar este amor, para hacer caer nuestra confianza.

Por más que no se descubran , ellos son los que la promueven, y para ello se valen de la más pequeña o aparente ocasión, seduciendo a los más exaltados, para que de escrito o de palabra, o por unos y otros medios, inciten a los incautos a levantar la voz contra la buena opinión del Rey, y contra la de aquellos, que son considerados como sus especiales amigos,

antes que se realizara su libertad no la creían, ni nos la dejaban creer; en su opinión todo era ardid del Tirano; sus cartas, decían, están llenas de veneno. Por manera, que a cada uno de los motivos de nuestro consuelo han opuesto uno de sus ardidés, para quitárnoslo. Pero al fin está el Rey en España; el Tirano es destruido y luego destronado. Se sabe, que la preliminar petición más terminante de los aliados movió al Tirano a enviar libre al Rey; todos los pueblos y los más acendrados patriotas se entregan al mayor placer y a las más fundadas esperanzas; los españoles han alcanzado lo que más querían, y por lo que habían determinado, o morir, o vencer a ejemplo de los sacrificios de tal día cual hoy... ¿Cómo, pues, debilitar esta robustez del amor y confianza que se aumenta cada día más en los pueblos, que gozan de la presencia real? ¿cómo? Dándole al Decreto del 2 de Febrero una importancia particular; y haciendo creer, que sobre toda otra atención debía el Monarca hacer partido sin detención a cumplir lo que estaba *preceptuado* por la Nación.

¿Y lo que la mayoría de los actuales diputados ordenó aquel célebre día 2 de Febrero, es conforme a lo que esos mártires de la lealtad, cuyo aniversario se celebra, nos predicaron con su ejemplo, y nos dejaron mandado con su sangre como en última y solemne voluntad, que toda la Nación se obligó a cumplir? Mirémoslo bien, españoles, mirémoslo bien. Si hemos de corresponder a las terminantes insinuaciones de aquellos primeros héroes, y hemos de cumplir el voto, que en su consecuencia hicieron todos los españoles, fue necesario sacrificarnos por libertar a Fernando de las garras de Napoleón. ¿Pues cómo es ahora, que libre de ellas y tan libre, que no existe ya poder en el Tirano, ni para mantener su diadema y corona de hierro, todavía no lo queramos nosotros reputar por libre? ¿Y cómo será posible, que esto pueda tener valor en justicia, ni en política, si es verdad, que las Naciones y sus Príncipes no lo reconocen por verdadero Rey de España, y lo considerarán en su plena libertad?

Ni se quiera decir, que el Decreto tuvo este caso presente. Vivos están los que lo dieron, y ellos atestiguarán, que aquella dureza o por mejor decir, entereza se hizo precisa, para hacer ver al Tirano, por una parte, la nulidad de los compromisos, que pudiera exigir de Fernando, y por otra manifestar a los aliados la firmeza de nuestros pactos y la constancia de nuestra coalición. Ya ni existen los temores de algún compromiso de aquella especie, ni los aliados dudan de la íntima unión del Rey D. Fernando VII de España con los otros Príncipes coligados ¿cómo ha de durar lo principal del Decreto, que ya por lo más cesó, así como cesó su razón?

No nos alucinamos, españoles, si no hubiera entre nosotros malquerientes de Fernando, no se hubiera suscitado una agitación de ánimos, como la que se experimenta; y si no hubiera en algunos los temores de perder un crédito, que no debieron jamás tener, no se fomentaría por tan diversos amaños una inquietud y vehemente ahínco por hacer entrar al Rey en la

Corte, sin ser visto y tratado personal, franca y libremente de todos los españoles; vehemencia, por cierto, que nada tiene que ver con el deseo de que S. M. C. jure la Constitución.

La jura de esta carta, o sea la admisión de ella por el Monarca, o dígase el acto de adhesión, o como quiera llamarse, este juramento, que de todas maneras es solemnísimo, es negocio esencialmente arduo, y en el que una apresuración no podría servir más que de dar sospechas de violencia, y contra quien siempre se pudiera decir, haber sido hecho, por evitar esos gravísimos males, con que se amenaza pública y descaradamente.

Mas ¿es posible, españoles, que la buena o mala fe de algunos quiera cegarse tanto, que se persuadan a que los demás no ven? Párense, por su vida; y si ellos no la estiman, no saben proporcionarse esa misma libertad, que tanto decantan, reflexionen por la de todos los españoles pacíficos, que son muchos, y todos aquellos, que, émulos de los que nos dan motivo a la fiesta nacional de este día, cesaron ya en su furor patriótico, luego que tuvieron a Fernando en sus dominios. Atiendan aquellos que no se han exaltado sino para alterar el voto común, y si lo consideran, se convencerán de que es muy injusta su pretensión.

Con que, si Fernando no jura habrá una guerra civil? Miradlo bien. Porque si es cierto y fundado ese temor vuestro, yo os aseguro, que sin calcular ahora cuál de los dos partidos triunfaría, la pérdida de la libertad española era lo que se conseguiría indudablemente, y aun la independenciam se vería muy comprometida. Pero sin detenernos en una cosa, que yo espero en Dios no sucederá, sólo me detengo en lo que es público; y es la manifestación de que habrá, si el Rey no jura y tan pronto como se quiera, una guerra civil, y durísima, y que correrán ríos o arroyos, que para el caso es lo mismo, de sangre.

Y bien, si esto llega a oídos del Rey ¿no advertirá S. M. C. que hay partidos, y partidos tan contrarios y tan poderosos, que no se podrán avenir, y que será indispensable la guerra viva? ¿Y de aquí que sacará el monarca por consecuencia? Precisamente, que la Constitución no es querida generalmente, y que si es repugnada por aquella parte tan considerable, que no podrá hacerse convenir en ella, sino a la fuerza de una victoria, conseguida, después de correr tanta sangre. Pues Españoles, no os alucinéis. Desengañaos, vuestra misma disposición declarada y confesada por vosotros hace la justicia de la detención del Rey. Y si por vosotros no lo conocéis, lo conocen las Potencias amigas, y los Españoles, fieles imitadores de aquellos héroes y mártires de la lealtad a sus Príncipes, cuyo sacrificio nos está diciendo en altas voces, que sin una lealtad y confianza en Fernando no habrá jamás Constitución, ni orden; ni esa libertad, por quien tanto se suspira, y que de hecho no se dan más pasos por ella, que aquellos, que nos desvían para siempre de este bien. Solos vosotros con vuestras exaltaciones, con vuestros partidos o liberales y serviles sois

quienes detienen la jura de la Constitución, quienes detienen el Monarca en la prestación del juramento, quienes no amáis la Carta, por quien declamáis y quienes desprecian los ejemplos de los Mártires del dos de Mayo, que murieron por no querer vida sin su Rey Fernando.